

fuerte; disimulaba mal su impaciencia, su mal humor, tal vez no pretendía siquiera disimularlos.

—Yo—continuó Fortunato—les dije que no se apurasen, que habrías comido en casa de Carraspique, ó en casa de Páez; como los dos están de días... y eso habrá sido, ¿verdad? ¿Con Carraspique habrás comido?

—No; señor!

—¿Con Páez?

—No, señor! Mi madre... mi madre me trata como á un niño!

—Te quiere tanto, la pobrecita...

—Pero esto es demasiado...

—Oye—exclamó el Obispo dejando de leer pruebas—¿de modo que aún no has vuelto á casa?

El Magistral no contestó; ya estaba en el pasillo. De lejos había dicho:

—Hasta mañana;—y había cerrado detrás de sí la puerta del gabinete con más fuerza de la necesaria.

—Tiene razón el muchacho—se quedó pensando el Obispo, que trataba al Magistral como un padre débil á un hijo mimado.—Esa Paula nos maneja á todos como muñecos.

Y continuó corrigiendo la Pastoral.

De Pas tomó por el callejón arriba, desandando el camino; pero al llegar cerca de su casa se detuvo. No sabía qué hacer. La chartreuse ó lo que fuera—¿¡si sería cognac!—seguía molestándole y conocía ya él mismo que le olía mal la boca.

«Si se me acercase Gloucester ahora, mañana todo Vetusta sabría que yo era un borracho...»

«No subo, no subo. Buena estará mi madre! Y yo no estoy para oír sermones ni aguantar pullas ni traducir reticencias... ¡Hasta Teresa anda en ello! Dos veces á palacio!... El niño perdido... Esto es insufrible!...»

El reloj de la catedral dió la hora con golpes lentos;

primero cuatro agudos, después otros graves, roncós, vibrantes.

De Pas, como si su voluntad dependiese de la máquina del reloj, se decidió de repente y tomó por la calle de la derecha, cuesta abajo; por la que más pronto podría volver al Espolón.

Se olvidó de su madre, de Teresina, del cognac, del Obispo; no pensó más que en los coches del Marqués que debían de estar de vuelta.

El Vicario general de Vetusta, á buen paso, tomó el camino del Vivero, después de dejar las calles torcidas de la Encimada y llegó al Espolón cuando ya estaban encendidos los faroles y desierto el paseo. No pensaba en que estaba haciendo locuras, en que tantas idas y venidas eran indignas del Provisor del obispado; esto lo pensó después; ahora sólo tenía esta idea. «¿Habrán pasado ya? No, no debían de haber pasado; apenas había tiempo; ahora, ahora es cuando deben de estar cerca...»

«Así como así, la brisa, que ya empieza á soplar, me quitará este calor, este aturdimiento, esta sed...» El agua de las fuentes monumentales murmuraba á lo lejos con melancólica monotonía en medio del silencio en que yacía el paseo triste, solitario. Al acercarse al pilón de la fuente de Oeste, De Pas tuvo tentaciones de aplicar sus labios al tubo de hierro que apretaba con sus dientes un león de piedra, y saciar sus ansias en el chorro bullicioso, incitante... No se atrevió y dió la vuelta continuando su paseo en la soledad. Al llegar á la otra fuente, iguales ansias, iguales tentaciones... Media vuelta y atrás. Así estuvo paseando media hora. La sed le abrasaba... ¿por qué no se iba? porque no quería dejarlos pasar sin verlos; sin ver los coches, se entiende. Ana volvería, era natural, en la carretela, y al pasar junto á un farol podría verla, sin ser visto, ó por lo menos sin ser conocido. La sed que esperase.

El reloj de la Universidad dió tres campanadas. ¡Tres cuartos de hora! Andaría adelantado... No... La catedral, que era la autoridad cronométrica, rectificó la afirmación de la Universidad; por lo que pudiera valer *el reloj del Ayuntamiento*, que no había podido secularizar el tiempo, vino á confirmar lo dicho lacónicamente por sus colegas, exponiendo su opinión con una voz aguda de esquilón cursi.



« — Pero qué hace allá esa gente? » — se preguntó el Magistral, aunque añadiendo para satisfacción de su conciencia que á él, por supuesto, no le importaba nada. Hasta entonces no había reparado en unos chiquillos, de diez á doce años, *pillos de la calle*, que jugaban allí cerca, al rededor de un farol, de los que señalaban el límite del paseo y de la carretera en los espacios que dejaban libres los bancos de piedra. Entre los pillastres había una niña, que hacía de *madre*. Se trataba del *zurriágame la melunga*, juego popular al alcance de todas las fortunas. La *madre* estaba sentada al pié del farol, en el pedestal de la columna de hierro; un pañuelo muy sucio en forma de látigo, atado con un soberbio nudo por el medio, era el zurriago que representaba allí el poder correctivo. La niña haraposa empuñaba el lienzo por un extremo y el otro iba pasando de mano en mano por el corro de chiquillos.

« — Pero qué hace allá esa gente? » — se preguntó el Magistral, aunque añadiendo para satisfacción de su conciencia que á él, por supuesto, no le importaba nada.

Hasta entonces no había reparado en unos chiquillos, de diez á doce años, *pillos de la calle*, que jugaban allí cerca, al rededor de un farol, de los que señalaban el límite del paseo y de la carretera en los espacios que

— Na?... — decía la *madre*.

— Narigudo... — contestó un pillo rubio, el más fuerte de la compañía, que siempre se colocaba el primero por derecho de conquista.

El pañuelo pasó á otro.

— Na?

— Narices.

— Otro. Na?

— Napoleón.

— Ay qué mainate! qué es Napoleón? — gritó el Sansón del corro acercándose á su afectísimo amigo y poniéndole un codo delante de las narices.

— Napoleón... ay que rediós! es un duro.

— Qué há é ser!

— No hay más cera!

— Te rompo... si no fueses tan mandria... te inflaba el morro... por farolero.

— Qué más da, si no es eso? — dijo la niña poniendo paces. A ver el otro. Na? na?

— Natalia... Tampoco. No acertó ninguno.

— Otra rueda.

— Da señas, tísica! — escupió más que dijo el dictador.

Y abriendo las piernas y agachándose como dispuesto á correr detrás de los compañeros á latigazos, dió una vuelta al pañuelo al rededor de la mano y añadió:

— Da señas que se entiendan ó te rompo el alma!

Y tiraba por el látigo como queriendo arrancarlo del poder de la *madre*.

— Señas... señas... ¿ á qué no aciertas?

— Á que sí?...

— No tires...

— Pues da señas...

— Es una cosa muy rica! muy rica! muy rica!

— ¿ Que se come?

- Pues claro... siendo muy rica...
 —Dónde la hay?
 —La comen los señores...
 —Eso no vale, so tísica! ¿qué sé yo lo que comen los señores?
 —Pues alguna vez puede ser que la hayas visto.
 —¿De qué color?
 —Amarilla, amarilla...
 —Naranjas, rediós!— aulló el pillastre y dió un tirón al pañuelo, preparándose á emprenderla á latigazos con sus compañeros
 —¡Que me arrancas el brazo, bruto, y que no es eso!...

Los demás pilletes ya se habían puesto en salvo y corrían por la carretera y el Espolón.

- Venir! venir! que no es eso...—gritó la *madre*.
 —Que si es! bacalao! te rompo... ¿pues no son amarillas las naranjas?... ¿y no son cosa rica?
 —Pero naranjas las comes tú también.
 —Claro, si se las robo á la señoa Jeroma en el puesto...

- Pues no es eso. Otro.
 —Na? Na?

Un niño flaco, pálido, casi desnudo, tomó la punta del pañuelo; le brillaban los ojos... le temblaba la voz... y mirando con miedo al de las naranjas, dijo muy quedo:

- Natillas!...
 —*Zurriágame la melunga!*—gritó entusiasmada la *madre*, *castaños de catalunga!*

Y todos corrieron, mientras el vencedor iba detrás con piernas vacilantes, sin gran deseo de azotar á sus amigos, contento con el triunfo, pero sin deseos de venganza.

El *Rojo* no quería correr: protestaba.

- Rediós! qué son natillas?—gritaba poniendo la

mano delante de la cara, mientras timidamente el *Ratón* le castigaba con simulacros de azotes.

Y añadía furioso el *Rojo*:

- Dí: á la oreja! tísica, ó te baldo!
 —A la oreja! á la oreja!

El *Ratón* se vió acosado por todos sus colegas que se le colgaron de las orejas.

—*Zurriágame la melunga!*— volvió á gritar la *madre*, y los pillos se dispersaron otra vez.

En aquel momento el Magistral se acercó á la niña.

La *madre* dió un grito espantada. Creía que era su padre que venía á recogerla á bofetadas y á puntapiés como solía.

—Díme, hija mía... has visto pasar dos coches?

—¿Para dónde?— contestó ella poniéndose en pié.

—Para arriba... uno con dos caballos y otro con cuatro con cascabeles... hace poco...

—No señor, me parece que no... Espere Vd., señor cura, á ver si esos... ¡*A la oreja madre!* ¡*á la oreja madre!*—gritó y la bandada de mochuelos acudió al farol delante del *Ratón*. Al ver al Provisor, todos, menos el *Rojo*, le rodearon, descubriendo la cabeza, los que tenían gorra, y le besaron la mano por turno nada pacífico. Unos se limpiaron primeramente las narices y la boca; otros no.

—¿Habéis visto pasar dos coches para arriba?

—Sí.

—No.

—Dos.

—Tres.

—Para abajo.

—Mentira, mainate... si te inflo!... Para arriba, señor cura.

—Era una galera.

—Un coche, faroll!

—Dos carros eran, mainate.

— Te rompo!...

— Te inflo!...

El Magistral no pudo averiguar nada. Se inclinó á creer que habían pasado. Pero no dejó el paseo; continuó dando vueltas, y limpiándose la mano besada por la chusma. Le molestaba mucho el pringue, y en el pilón de una de las fuentes se lavó un poco los dedos.

Los pilletes se dispersaron. Quedó solo don Fermín con un murciélago que volaba yendo y viniendo sobre su cabeza, casi tocándole con las alas diabólicas. También el murciélago llegó á molestarle, apenas pasaba volviase, cada vez era más reducida la órbita de su vuelo.

«Deben de ser dos,» pensó el Magistral, que cada vez que veía al animalucho encima sentía un poco de frío en las raíces del pelo.

La noche estaba hermosa, acababan de desvanecerse las últimas claridades pálidas del crepúsculo. Sobre la sierra, cuya silueta señalaba una faja de vapor tenue y luminoso, brillaban las estrellas del carro, la Osa mayor, y Aldebarán, por la parte del Corfin, casi rozando la cresta más alta de la cordillera oscura, lucía solitario en una región desierta del cielo. La brisa se dormía y el silbido de los sapos llenaba el campo de perezosa tristeza, como cántico de un culto fatalista y resignado. Los ruidos de la ciudad alta llegaban apagados y con intermitencias de silencio profundo. En la Colonia, más cercana, todo callaba.

Don Fermín no era aficionado á contemplar la noche serena; lo había sido mucho tiempo hacía, en el Seminario, en los Jesuitas y en los primeros años de su vida de sacerdote... cuando estaba delicado y tenía aquellas tristezas y aquellos escrúpulos que le comían el alma. Después la vida le había hecho hombre, había seguido la escuela de su madre... una aldeana que no

veía en el campo más que la explotación de la tierra. Aquello que se llamaba en los libros la poesía, se le había muerto á él años atrás; ya lo creo, hacía muchos años... ¡Las estrellas! ¡qué pocas veces las había mirado con atención desde que era canónigo!... De Pas se detuvo, se descubrió, limpió el sudor de la frente y se quedó mirando á los astros que brillaban sobre su cabeza sumidos en el abismo de lo alto. «Tenía razón Pitágoras; parecía que cantaban.» En aquel silencio oía los latidos de la sangre de su cabeza... y también se le figuró oír otro ruido... así como de campanillas que sonasen más lejos... ¿Eran ellos? ¿Eran los coches que volvían? La carretela no llevaba cascabeles, pero los caballos de la Góndola sí... Ó serían cigarras, grillos... ranas... cualquier cosa de las que cantan en el campo acompañando el silencio de la noche?... No... no; eran cascabeles, ahora estaba seguro... ya sonaban más cerca, con cierto compás... cada vez más cerca.

— ¡Deben de ser ellos! qué tarde! — dijo en voz alta, acercándose á la cuneta de la carretera, á la sombra de un farol de los del paseo.

Esperó algunos minutos, con la cabeza tendida en dirección del Vivero, espionando todos los ruidos... Vió dos luces entre la oscuridad lejana, después cuatro... eran ellos, los dos coches... El ruido rítmico de los cascabeles se hizo claro, estridente; á veces se mezclaban con él otros que parecían gritos, fragmentos de canciones.

«— ¡Qué locos, vienen cantando!»

Ya se oía el rumor sordo y como subterráneo de las ruedas... el aliento fogoso de los caballos cansados... y, por fin, la voz chillona de Ripamilán... Ahora callaban los del coche grande. La carretela iba á pasar junto al Magistral, que se apretó á la columna de hierro, para no ser visto. Pasó la carretela á trote largo. De Pas se hizo todo ojos. En el lugar de Ripamilán vió

á don Víctor Quintanar, y en el de la Regenta á Ripamillán; sí, los vió perfectamente. ¡No venía la Regenta en el coche abierto! Venía con los otros! Y al marido le habían echado á la carretela con el canónigo, la Marquesa y doña Petronila!... Luego, don Alvaro y ella venían juntos... ¡y acaso venían todos borrachos, por lo menos alegres!

«¡Qué indecencia!» pensó, sintiendo el despecho atravesado en la garganta.

Y sin saber que parodiaba á Gloucester, añadió:

«—Se la quieren echar en los brazos! Esa Marquesa es una Celestina de afición!»

«¡Y venían cantando!»

Los coches se alejaban; subían por la calle principal de la Colonia, sin algazara; las luces de los faroles se bamboleaban, se ocultaban y volvían á aparecer, cada vez más pequeñas...

«Ahora callan!» pensó don Fermín. «Peor, mucho peor!»

Los cascabeles volvieron á sonar como canto lejano de grillos y cigarras en noche de estío...

El Magistral olvidado de las estrellas dejó el Espolón y subió á buen paso por la calle principal de la Colonia, en pos de los coches de Vegallana...

Si no fuera por vergüenza hubiera echado á correr por la cuesta arriba. «¿Para qué? Para nada. Por desahogar el malhumor, por emplear en algo aquella fuerza que sentía en sus músculos, en su alma ociosa, molesta como un hormiguo...»

Al pasar junto al jardín de Páez, la luz de gas que brillaba entre las filigranas de hierro de la verja, en un globo de cristal opaco, le hizo ver su sombra de cura dibujada fantásticamente sobre la polvorienta carretera.

Se avergonzó, testigo él mismo de sus locuras; y contuvo el paso.

«Debo de estar borracho. Esto tiene que pasar. Bah! no faltaba más, siempre he sido dueño de mí... y ahora había de empezar á ser... un majadero...»

Se acordó de su cita con la Regenta. Sintió un alivio su furor sordo. «Pronto es mañana... Á las ocho ya sabré yo... sí lo sabré... porque se lo preguntaré todo. ¿Por qué no? Á mi manera... Tengo derecho...»

Llegó al boulevard, estaba solitario: ya había terminado el paseo de los Obreros: subió por la calle del Comercio, por la plaza del Pan, y al llegar á la plaza Nueva miró á la Rinconada. En el caserón de los Ozores no vió más luz que la del portal.

«—¿No los habrán dejado en casa? ¿Están juntos todavía?» Y sin pensar lo que hacía, siguió hasta la calle de la Rúa, por el mismo camino que había andado á medio día. Los balcones de casa del Marqués estaban también ahora abiertos; pero la luz no entraba por ellos, salía á cortar las tinieblas de la calle estrecha, apenas alumbrada por lejanos faroles de gas macilento. De Pas oyó gritos, carcajadas, y las voces roncadas y metálicas del piano desafinado.

«—Sigue la broma!—se dijo mordiéndose los labios. Pero yo ¿qué hago aquí? ¿Qué me importa todo esto?... Si ella es como todas... mañana lo sabré. ¡Estoy loco! estoy borracho!... ¡Si me viera mi madre!» En la pared de la casa de enfrente la luz que salía por los balcones interrumpía con grandes rectángulos la sombra, y por aquella claridad descarada y chillona pasaban figuras negras, como dibujos de linterna mágica. Unas veces era un talle de mujer, otras una mano enorme, luego un bigote como una manga de riego; esto vió De Pas frente al balcón del gabinete; frente á los del salón las sombras de la pared eran más pequeñas, pero muchas y confusas; y se movían y mezclaban hasta marear al canónigo.

«No bailan,» pensó. Pero esta idea no le consolaba.

Más allá del balcón del gabinete había otro cerrado. Era el de la habitación en que había muerto la hija de los marqueses. El Magistral recordaba haber estado allí, de rodillas, con una hacha de cera en la mano, mientras le daban á la pobre joven el Señor. Hacía mucho tiempo. Aquel balcón se abrió de repente. De Pas vió una figura de mujer que se apretaba á las rejas de hierro y se inclinaba sobre la barandilla, como si fuera á arrojar á la calle. Confusamente pudo columbrar unos brazos que oprimían á la dama la cintura; ella forcejeaba por desasirse. «¿Quién era?» Imposible distinguirlo; parecía alta, bien formada; lo mismo podía ser Obdulia que la Regenta. «Es decir, la Regenta no podía ser; no faltaba más! ¿Y el de los brazos? ¿quién era? ¿por qué no salía al balcón?» De Pas estaba seguro de no ser visto, en completa oscuridad, en un portal de enfrente. No pasaba nadie; pero podían pasar... y ¿qué se pensaría si le veían allí, espiondo á los convidados del marqués?... Debía marcharse... si; pero hasta que aquellos bultos se retirasen del balcón no podía moverse. La dama desconocida, de espalda á la calle, ahora, inclinando la cabeza hacia el interlocutor invisible, hablaba tranquilamente y se defendía como por máquina, con leves manotadas felinas, de unas manos que de vez en cuando intentaban cogerla por los hombros.

«¡Están á oscuras! no hay luz en esa habitación... ¡qué escándalo!» pensó don Fermín, que seguía inmóvil.

La del balcón hablaba, pero tan quedo que no era posible conocerla por la voz; era un murmullo cargado de eses, completamente anónimo.

«Por supuesto que ella no és,» meditaba el del portal.

Á pesar de estas reflexiones que no podían ser más racionales, no estaba tranquilo. La oscuridad del balcón le sofocaba, como si fuese falta de aire. La cabeza de la silueta de señora desapareció un momento; hubo un si-

lencio solemne y en medio de él sonó claro, casi estridente, el chasquido de un beso bilateral. Después un chillido como el de Rosina en el primer acto del *Barbero*.

El Magistral respiró. «No era ella, era Obdulia.» En el balcón no quedaba nadie; don Fermín salió del portal, arrimado á la pared y se alejó á buen paso. «No era ella, de fiyo no era ella, iba pensando. Era la otra.»

